

**Discurso del
Director General
de la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
(UNESCO)
Prof. Dr. Federico Mayor Zaragoza**



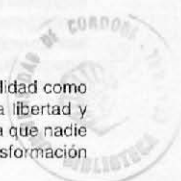
Excelentísimo señor Secretario de Estado de Universidades e Investigación,
Excelentísimo señor Rector Magnífico de la Universidad de Córdoba,
Excelentísimos e Ilustrísimos señores, mis queridos colegas y amigos,
Señoras y señores:

Universidad es decir espacio abierto a todos, es decir caudal de afluentes sin número. Córdoba, donde se dan cita todas las culturas, toda la belleza, toda conciliación de la que esta Mezquita es paradigma. Universidad de Córdoba abierta al mundo desde Andalucía, imaginativa y creadora. Muchas gracias, Profesor Cárdenas, por haberme propuesto, gracias a los claustales de la Facultad de Ciencias por haber elevado al Excelentísimo señor Rector Magnífico de la Universidad esta petición, gracias a los claustales de la Universidad de Córdoba por haberla aceptado.

Durante la presentación del Prof. Cárdenas, no puedo ocultarles que tenía la inquietante impresión de que sabe muchas más cosas de mí que las que yo mismo sé, pero lo peligroso no es sólo que las sepa, sino que las diga. Le agradezco muy particularmente que haya mencionado a mis colaboradores, a los que han trabajado conmigo. Muchos de ellos me han dado la gran alegría de venir hoy aquí porque efectivamente todos estos homenajes y distinciones les corresponden en muy buena parte. Muchas gracias, por tanto, por estar presentes.

Excelentísimo señor Secretario de Estado,
Excelentísimo señor Rector:

Tenemos que percibir los cambios que se han producido tanto en calidad como ritmo desde el momento histórico en que el mundo cautivo se abrió a la libertad y aprovechar el simbólico momento del paso de un siglo y de un milenio para que nacida crea que ha habido vencedores y vencidos, y contribuyamos todos a una transformación



de hondo calado, a una metamorfosis imprescindible y radical, al renacimiento del s. 21 que es lo que yo quisiera glosar en estas palabras, Sr. Rector.

A los 500 años del encuentro de dos mundos, el desafío más importante, más apremiante, es el encuentro del hombre consigo mismo. El mundo era ya único desde hace tiempo, y también hace tiempo los inventos pesaban más que los descubrimientos. Y lo artificial, producto de la capacidad creadora distintiva de la condición humana, empezaba a desplazar y arañar el entorno natural. Pero nunca el impacto de la obra y actividad del hombre sobre la tierra, el mar y el aire, había alcanzado los alarmantes niveles actuales, ni la aceleración de los acontecimientos había sido parecida: transiciones múltiples y certitudes mínimas, ésta es, a grandes rasgos, la situación en la que nos hallamos al acabar el siglo. Transición desde una economía planificada a una economía competitiva, de situaciones autoritarias al pluralismo democrático, del estado protagonista a la sociedad civil, de una cultura de guerra a una cultura de paz. Y transición sobre todo de la responsabilidad ajena, a la sombra de la fuerza de las superpotencias, únicas que podían decidir nuestro destino, a la responsabilidad propia, a la responsabilidad de cada uno en el diseño del futuro común. De espectadores a actores, de cronistas a escritores, a escritores de la historia. El futuro ya no dependerá únicamente del comportamiento de unos pocos sino de la conducta de cada ciudadano. La amenaza nuclear nos era impuesta, ajena, como el muro de Berlín y el telón de acero. En cambio las amenazas a la ecología y a la convivencia pacífica intercultural pesan sobre cada ciudadano, dependen de cada ciudadano, de sus actitudes, de sus hábitos, de sus conocimientos, de sus valores, de su resolución.

No son la jungla ni el desierto a los que hay que hacer frente. El hombre se encuentra frente a sí mismo, como en todo peligro, en toda esperanza. Deberemos, pues, ajustar nuestros procedimientos y costumbres a la dimensión humana, deberemos aprender a valorar no sólo en términos económicos sino sociales, culturales y medioambientales. El hombre vive con y vive en. Estos dos planos deberán hallarse en cualquier escenario: el otro, los otros y el espacio natural. Deberemos aprender a honrar las deudas morales antes de exigir que se paguen las monetarias, deberemos conocer las letras mayúsculas del amor, de la justicia, de nuestras ideologías y de nuestras religiones antes de condenar con las letras pequeñas de la superstición y de la burocracia.

Habrá que recordar cada día que mientras el 20% de los habitantes de la tierra posea el 80% de los recursos, no lograremos enmendar la trayectoria y tendrá que caerse la cara de vergüenza si no somos capaces los países ricos de practicar la frugalidad y compartir mejor los recursos y conocimientos. Y compartir significa partir con, no deshacernos de lo que nos sobra. Tenemos que promover un progreso sobrio, una comodidad austera. Población, pobreza, ignorancia, éstos son los desafíos. Educación, transferencia de conocimientos, esto es la riqueza. Hay que cambiar las prioridades, modificar las estrategias económicas, las relaciones comerciales, los plazos y los puntos de referencia. El tiempo, insistiré después, apremia. Si comenzamos desde hoy, en 15 años podrá empezarse a estabilizar el crecimiento demográfico. Los viajeros del planeta azul aumentan cada día en 250.000, cada 4 días 1.000.000 más,

cada mes 7.500.000, cada año 90.000.000. A pesar de un mejor acomodo de los pasajeros, podría saturarse el espacio disponible.

Cuando los retos eran los ejércitos de otros países que amenazaban la integridad territorial del nuestro, era lógico que estuviéramos preparados para la defensa: más soldados, más armas, más barcos, más cañones, más aviones. Ahora no, ahora lo que nos hace falta son maestros, científicos, filósofos, escritores, artistas, cineastas, sociólogos, políticos, para que todos juntos den al mundo del nuevo milenio un perfil humano. Para lograr estos objetivos ya no sirven los actuales procedimientos, ni modelos laborales, ni los económicos, ni las instituciones que fueron establecidas para otras circunstancias. A fuerza de pensar en beneficios a corto plazo, nos habíamos olvidado del único beneficiario y protagonista del desarrollo, el ser humano. Este nuevo enfoque es, en mi opinión, lo más importante que ha tenido lugar a escala internacional en esta última década del siglo. La estrategia internacional para el desarrollo de las Naciones Unidas se había basado siempre en criterios de crecimiento económico y que ahora, por primera vez, se centra en la formación de recursos humanos, imprescindibles por otra parte para el progreso económico, y en la reducción de la pobreza que genera frustraciones, extremismos, violencias, migraciones forzosas y desarraigos.

La agenda 21, aprobada por 135 altos dignatarios en Río de Janeiro en el mes de junio, no sólo confirma las grandes líneas del desarrollo, sino que establece que éste debe ser duradero, sostenido, respetuoso con el medio ambiente, de manera que podamos legar a las generaciones venideras un entorno natural en buen estado. Una de las primeras consecuencias debe ser una profunda adaptación de las instituciones de todo orden, tanto a la naturaleza como al ritmo de la evolución. Las administraciones nacionales deberán modificar rápidamente sus actuales estructuras. Lo mismo deberán hacer las encargadas de la cooperación internacional. Está claro que habrá que poner progresivamente en práctica un nuevo sistema, pese a las enormes dificultades que habría que superar, con vistas a encarar amenazas muy distintas con protagonistas igualmente diferentes en el escenario mundial. El Secretario General de las Naciones Unidas, el Sr. Butros Galí, publicó el año pasado, su agenda para la paz. Junto al mantenimiento de la paz, acción fundamental de la organización de las Naciones Unidas, se subraya la importancia de la construcción de la paz, de las acciones preventivas, de la disponibilidad de mecanismos de alerta que permitan anticipar, identificar y prevenir o paliar los conflictos.

La intervención en Somalia con el unánime acuerdo de las Naciones Unidas constituye un precedente de primer orden en el marco de los nuevos deberes internacionales cuando de manera patente se conculcan los más elementales derechos ciudadanos. Invertir mucho más en prevención y andar de la mano todos los integrantes del sistema de Naciones Unidas son los dos objetivos centrales de los esfuerzos que se avecinan, época que será a la vez tormentosa y benéfica para la adecuación del sistema de las Naciones Unidas a las características de nuestro tiempo.

Dos consideraciones surgen inmediatamente a este respecto. La primera se refiere a la valoración de lo intangible, ya que toda acción preventiva corre el riesgo de no ser

ponderada debidamente, de pasar inadvertida y, por tanto, de no ser apreciada en la acepción más amplia del término. La segunda, especialmente importante, estriba en que los países miembros de las Naciones Unidas deberán prestar igual atención a lo que sucede en las instituciones internacionales que a lo que sucede en su propia casa. En efecto, se predicán en los foros internacionales muchos ideales y se exigen perentoriamente muchas eficacias que no se reflejan después adecuadamente en los propios países. A medida que decrezca el espacio ocupado por los estados deberá aumentar la pujanza de la sociedad civil. Las organizaciones no gubernamentales, las asociaciones de ciudadanos, concretamente a escala municipal, que es donde participa y se trama la urdimbre real de la democracia genuina, adquirirán progresivamente un papel de mayor relieve.

Dos grandes retos inmediatos: la Comunidad de Estados Independientes y África. Los países de la CEI han ido progresando, contra viento y marea, y afianzando, a pesar del magro apoyo y de la escasa capacidad de reacción europea, sus frágiles democracias. Es esencial que todos ellos, y muy especialmente Rusia, no retrocedan a situaciones autoritarias. El desmoronamiento de un sistema basado en la opresión ha sido el resultado no exclusivo, pero sí principal, de la clarividencia de un solo hombre; será difícil hallar otra transformación de similar importancia y más barata; todo hubiese parecido poco si se hubiera puesto precio al colapso del comunismo. Ni los países industrializados, ni sus asociaciones intergubernamentales regionales, estaban preparados para acontecimientos de tal magnitud. Son asociaciones de libre comercio, con coordinadas económicas, las que ahora deberán asumir también las responsabilidades políticas y militares conjuntas que sean necesarias para poder estar a la altura de la historia de nuestros días y de las nuevas amenazas para la seguridad mundial.

La pobreza, terreno abonado para la radicalización y la violencia, y los conflictos interétnicos constituyen, quiera o no quiera reconocerse, los grandes problemas de nuestros días. Los conflictos interétnicos no tienen más que una solución en la que también las Naciones Unidas están llamadas a jugar un papel fundamental: la reconciliación. Me gusta repetir que todas las guerras terminan, tarde o temprano, con el abrazo de los contendientes y que lo único que cambia es el número de muertos, normalmente jóvenes, que han sido sacrificados por causas que bien merecían ser vividas. Hay que iniciar desde todos los ángulos posibles tareas de reconciliación, reunir a representantes profesionales intelectuales y religiosos de las distintas partes en litigio, hacer que se establezcan y subrayen vínculos de amistad para que contribuyan a crear posibilidades de entendimiento.

Y África. África, según su propia voluntad, según su propio diseño. Si tenemos en cuenta su talento, cuya mejor expresión son los 30.000 doctores universitarios que trabajan en los países del norte, si tenemos en cuenta también sus recursos naturales, sabremos que como sucede en otros países en desarrollo todos ellos forman más bien parte de la solución que del problema. No impongamos modelos, no pretendamos ahorrar otros pueblos tan felizmente diversos y múltiples a moldes que con frecuencia necesitan urgente recambio o restauración. El tercer mundo puede dar más lecciones hoy de las que recibe. Recibe demasiadas. Y el tercer mundo, no hay que olvidarlo,

constituye los dos tercios de la humanidad. No olvidemos el futuro, pero no perdamos de vista el presente, el recuerdo simbolizado por el memorial de Gorea erigido para conmemorar el incomparable genocidio que constituyó la esclavitud. En muchos comentarios sobre los aspectos más áspers del encuentro de dos mundos del 5.^o centenario celebrado hace un año, faltó con frecuencia el recuerdo de una situación que se prolongó muchos años más que la confrontación que supuso la conquista. La abolición de la esclavitud no se proclama a pesar de los gritos de Hidalgo en 1808 y a pesar de las advertencias durante muchos años, casi desde el principio del proceso del descubrimiento, no se proclama en la constitución norteamericana hasta el año 1876. África representa hoy una llamada permanente a la conciencia de todos los ciudadanos del mundo: la malaria, el SIDA, Liberia, Mozambique, Angola, Sudáfrica. Sabiendo que hay que ayudar a que los ciudadanos sean lo que desean ser, lo que cada pueblo elige. Gracias a los medios de comunicación, Somalia nos ha entrado por los ojos hasta la conciencia. Han sido los Estados Unidos los que han tomado la iniciativa. Ojalá sea signo de que vuelve a la vida americana el "American dream", que los sueños de solidaridad vuelven a ilusionar y motivar a la juventud americana y a la sociedad saciada en su conjunto. Ojalá, vale más un ejemplo que cien sermones, Europa se sienta motivada y la Comunidad Europea, sin más adjetivos, se convierta en un espacio de promoción de ideas, de ampliación de mercados, de transferencia de bienes y conocimientos, de protección inmediata de los Derechos Humanos cuando sean violados.

Está ahora claro que los más difíciles cambios son los de mentalidad, que los muros que subsisten en cada uno de nosotros deben también derribarse y que para ello no existen soluciones técnicas sino espirituales. La política es ética en acción, debe serlo. Que nadie se engañe, no será gracias a la tecnología que se inscribirá en las páginas de la cultura de la paz. La tecnología coadyuva, pero son las soluciones políticas y las estrategias que ellas inspiran las que nos permitirán reorientar los derroteros de la humanidad. La prospectiva resulta hoy indispensable, unámonos, establezcamos redes, contribuyamos al mercado común del conocimiento que ha preconizado Uruguay en las pasadas cumbres iberoamericanas de Guadalajara, México, y en Madrid, en junio del año pasado.

Seamos capaces de proporcionar a la vez rigor y riesgo, conocimiento y audacia de tal manera que pueda decirse que fuimos desoídos pero no que permanecemos silenciosos. El tiempo apremia, es nuestro recurso más escaso y, por tanto, no hay que amilanarse ante los grandes obstáculos y los fantásticos intereses que representan los grandes lobbies, los grandes holdings, la población, el medio ambiente, la paz, la equidad. No, nada debe parecernos imposible. Para este renacimiento es necesario contar con la Universidad y tener presente aquí el verso terrible de Rimbaud "Par délicatesse j'ai perdu ma vie". Por delicadeza he perdido mi vida.

Establezcamos redes, intercambiamos información y medios para poder todos juntos contribuir a esta revisión, a esta refundación, a este renacimiento, y fomentemos tres dimensiones particularmente relevantes en el universitario, en el científico, en el intelectual, en el periodista, en el maestro. Primero, conocer la realidad social: no se puede transformar la realidad que no se conoce; segundo, visión global y a largo plazo; tercero, y fundamental, compromiso con las generaciones futuras.

Para este renacimiento los intelectuales deben participar más en el escenario nacional, deben provocar más a los espectadores de las universales pantallas de telecomunicación y de la informática a que sean actores de nuestra historia y diseñadores de nuestro futuro. El futuro está en los muchos y no en el predominio de unos pocos al volante de las grandes empresas de producción seriada de bienes culturales. Renacimiento implica conservación y manifestación irrestricta de la diversidad, de una diversidad en alta mar, dinámica, evolutiva, interactiva, crisol, mezcla de culturas, mestizaje. Ahí está, lo decía antes y lo repito ahora, la respuesta, la riqueza, en cada persona diversa, dueña de sí misma, única. Y en cada persona que reconoce al otro, que lo respeta siempre, que lo admira a menudo, que llega a amarle. Ser capaces de ensimismarnos. Pero antes, como tan bellamente ha expresado Santiago Genovés, será preciso entimismarnos, y así se logrará esta democracia mundial en la cual los ciudadanos cuentan y no solamente son contados. Y participan. El Profesor Cárdenas ha citado al final un poema de José Hernández en el Gaucho Martín Fierro. Yo quiero hacer lo mismo. Dice así:

"Aunque la razón le sobre
que son campanas de palo
las razones son pobres"

Pero añade:

"Ya lo pasado pasó
mañana será otro día"

Un día en que, como decía al principio, el hombre deberá encontrarse a sí mismo, porque las soluciones no están fuera, están en su interior, en cada mujer, en cada hombre, sobre todo en cada joven, en cada niño.

Renacimiento significa también volver a las raíces, a las esencias y recuperar los mensajes y las tareas hoy envueltas, disfrazadas, ocultas en amasijos de normas miopes y de pautas burocráticas, volver a las fuentes monte arriba, a contracorriente porque como tan lúcidamente proclamaron hace casi 50 años los fundadores de la UNESCO las soluciones políticas y económicas no bastan, y lo que se requiere para este renacimiento, hoy imprescindible e inaplazable, es la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

Muchas gracias.